

JUAN CARLOS LOSADA

HISTORIA DE LAS GUERRAS DE ESPAÑA

De la conquista de Granada
a la guerra de Irak

Prólogo de

RICARDO GARCÍA CÁRCEL

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , de Ricardo García Cárcel	7
INTRODUCCIÓN: EL TERRIBLE PAPEL DE LAS GUERRAS EN LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS-NACIÓN	15
Las guerras de España	20
Un libro distinto: Una historia general de España a través de sus guerras	25

PRIMERA PARTE

LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO ABSOLUTISTA ESPAÑOL

1. LAS GUERRAS DE UNIFICACIÓN DE LOS REYES CATÓLICOS	29
Las guerras de Granada (1482-1492)	35
La conquista de las islas Canarias (1402-1495)	51
La toma de Melilla (1497)	62
La conquista de Navarra (1512-1524)	65
2. UNIFORMIZACIÓN INTERIOR Y EXPANSIONISMO	
EN EL SIGLO XVI (I): FERNANDO EL CATÓLICO Y CARLOS V ...	83
Las guerras de Nápoles (1494-1504)	87
La toma de Orán, Bujía, Trípoli y Argel. Desastre en Djerba (1505-1510)	97
Las sublevaciones internas: Germanías y comuneros (1519-1523)	105
La batalla de Rávena (1512) y la I Guerra Italiana (1521-1526). La batalla de Pavía	111

Guerra de la Liga de Cognac. El saco de Roma (1526-1530)..	117
Combates en África, la jornada de Túnez (1535)	
y la II Guerra Italiana (1536-1538)	122
La infausta jornada de Argel (1541)	128
La III Guerra Italiana (1542-1546)	132
La conquista de México y de Centroamérica	135
La conquista del Perú y de la Araucanía	148
Guerra de Esmalcalda y de los príncipes (1546-1553)	155
3. UNIFORMIZACIÓN INTERIOR Y EXPANSIONISMO	
EN EL SIGLO XVI (II): FELIPE II	159
La V Guerra Italiana (1556-1559). San Quintín	
y Gravelinas	164
La defensa de Malta ante los turcos (1565)	169
La sublevación de las Alpujarras (1568-1570)	173
Guerras contra los turcos. La batalla de Lepanto (1571)	178
Las guerras de Flandes. Del duque de Alba a Juan	
de Austria (1567-1578)	188
La conquista de Portugal (1580-1581)	196
Las guerras de Flandes. Alejandro Farnesio (1578-1592)	200
La guerra anglo-española (1585-1604). Drake y la Armada	
Invencible	216
El fracaso de la Contra Armada inglesa. La Coruña	
y Lisboa (1589)	228
Las guerras contra Inglaterra (1590-1604)	233
Las guerras de Flandes (1592-1600)	241
4. EL SIGLO XVII: LA DEFENSA DESESPERADA DEL IMPERIO	245
La guerra de Flandes hasta 1609. Ambrosio de Spínola	251
Intervenciones en Alemania e Italia. Inicio de la Guerra	
de los Treinta Años (1610-1619)	256
La guerra se reanuda en Flandes: Breda, el canto del cisne	
(1621-1630)	259
España en la Guerra de los Treinta Años. Otra vez Inglaterra	
e Italia (1625-1631)	268
La guerra sigue en Flandes. Nordlingen, Francia	
y las Dunas (1630-1639)	274
Guerra contra Francia en Flandes. Rocroi y la paz	
con Holanda (1640-1648)	279

La rebelión catalana y la guerra contra Francia (1640-1659)	287
Guerra entre Francia y España por Flandes (1648-1659).....	300
La sublevación de Nápoles (1647-1648).....	304
La guerra anglo-española (1655-1660).....	309
La guerra de restauración portuguesa (1640-1668)	314
La guerra de Devolución (1667-1668)	323
La guerra Franco-Holandesa (1672-1678)	325
La rebelión de Mesina (1674-1678)	329
La guerra de Luxemburgo (1683-1684)	332
La guerra de los Nueve Años (1688-1697)	334
5. EL SIGLO XVIII: LAS GUERRAS DE LA ESPAÑA ILUSTRADA	345
La Guerra de Sucesión Española (1701-1715)	349
Guerra de la Cuádruple Alianza	371
Guerra anglo-española. Segundo sitio de Gibraltar (1727-1729)	378
La reconquista de Orán (1732)	382
Guerra de Sucesión Polaca (1733-1738). Guerra en Italia	385
Guerras con Portugal (1735-1737)	389
Guerra del Asiento o de La Oreja de Jenkins (1739-1748)	391
La Guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748)	405
España en la Guerra de los Siete Años (1762-1763)	410
La defensa de Melilla (1774-1775)	417
La fracasada recuperación de Argel (1775)	420
La rebelión de Túpac-Amaru II (1780-1783).....	426
España en la Guerra de la Independencia Norteamericana (1779-1783)	432
Guerra del Rosellón o de los Pirineos (1793-1795)	438
Guerra anglo-española (1796-1802)	444
La Guerra de las Naranjas (1801).....	455
Guerra anglo-española (1804-1808). Finisterre y Trafalgar	456
Ataques británicos contra Buenos Aires y Montevideo (1806-1807)	465

SEGUNDA PARTE

LA COSTOSA GESTACIÓN DEL ESTADO LIBERAL

GUERRAS CIVILES Y COLONIALES EN LA ESPAÑA

CONTEMPORÁNEA	477
6. LAS GUERRAS DE FERNANDO VII: LA DESCOMPOSICIÓN DEL ANTIGUO RÉGIMEN	481
La guerra de la Independencia (1808-1814)	483
Las guerras de independencia hispanoamericanas (1810-1829)	510
La invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis (1823)	536
La guerra de los Agraviados (1827). El conde de España ..	544
7. LOS ESPADONES DE ISABEL II: LA SANGRIENTA IMPLANTACIÓN DEL LIBERALISMO (1833-1868)	555
La Primera Guerra Carlista (1833-1840)	558
La Segunda Guerra Carlista, o la Guerra del Matiners (1846-1849)	581
Excursión a Italia y expedición a la Cochinchina (1858-1862)	587
La guerra de África (1859-1860)	597
Amago sobre México y la guerra de la Restauración Dominicana (1863-1865)	609
La Guerra del Pacífico (1865-1866)	622
El estallido de la Gloriosa. La batalla del puente de Alcolea (1868)	630
8. EL SEXENIO REVOLUCIONARIO Y ALFONSO XII	633
Guerra de los Diez Años (1868-1878)	634
La Tercera Guerra Carlista (1872-1876)	654
La revolución cantonal. El asedio de Cartagena (1873)	680
La Guerra Chiquita (1879-1880)	689
La guerra de Margallo o I Guerra del Rif (1893-1894)	692
9. EL DESASTRE DEL 98	703
La guerra de Cuba (1895-1898)	707
La pérdida de Filipinas (1896-1898)	747

10. LAS GUERRAS AFRICANAS DE ALFONSO XIII	781
La guerra de Melilla (1909)	786
Españoles voluntarios en la I Guerra Mundial	797
La guerra de Marruecos (1912-1925)	799
11. LA GUERRA CIVIL (1936-1939).....	847
12. LAS GUERRAS DE FRANCO	947
La División Azul	949
La guerra de Ifni y Sahara (1957-1958).....	1000
Españoles en la guerra de Vietnam (1966-1971).....	1035
EPÍLOGO: INTERVENCIONES MILITARES EN DEMOCRACIA	1041
Intervención en la antigua Yugoslavia	1048
La intervención en Afganistán	1054
España en las guerras de Irak	1057
<i>Bibliografía</i>	1061
<i>Índice alfabético</i>	1071
<i>Índice de mapas</i>	1125
<i>Procedencia de las ilustraciones</i>	1133

INTRODUCCIÓN

EL TERRIBLE PAPEL DE LAS GUERRAS EN LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS-NACIÓN

La historia de la humanidad está plagada de guerras. Es más, no se concibe sin ellas. Desde los albores de la humanidad han sido una constante terrible, y casi todos los pueblos y naciones del mundo han sufrido muchos más años de conflicto y violencia, de guerras, sean civiles o contra otros estados, que disfrutado de períodos de paz. Detrás de ello no hay nada más y nada menos que la simple naturaleza humana violenta, el simple deseo de poder, de supervivencia, de emplear todos los medios posibles por parte de una comunidad para lograr los recursos escasos en competencia con otros grupos humanos, aunque se envuelva convenientemente de presuntos motivos ideológicos como la religión, el nacionalismo, una pretendida superioridad de derechos territoriales, raciales, culturales, etc.

La historia de la construcción de todos los estados del mundo está basada en las guerras. No hay una sola nación, o grupo humano, que haya podido crecer y consolidarse al margen de los conflictos bélicos de mayor o menor entidad y duración. Unas veces habrá actuado como agredida, otras como agresora, y en otras con un papel dudoso, pero siempre hay una huella violenta en su pasado que se puede remontar a miles de años, hasta la antigüedad, y que llega hasta fechas muy recientes. Hacer historia es hacer historia de guerras. En Europa está muy claro: primero las matanzas del neolítico ya documentadas arqueológicamente, las invasiones celtas, el imperialismo macedónico, las conquistas romanas contra las resistencias de los pueblos indígenas y de otros pueblos mediterráneos, las rebeliones de esclavos con sus sangrientas represiones, las invasiones germánicas, de los hunos, las musulmanas y vikingas... Pero también guerras intestinas, como las feudales entre los nobles o altos dignatarios de la Iglesia, rebeliones nobiliarias contra sus monarquías, o guerras de las elites contra los mismos campesinos, o revueltas de estos contra los abusos señoriales,

así como las respuestas del poder contra la población a la que, de paso, se la acusaba de traición o de herejía... En este sentido la baja Edad Media está plagada de conflictos armados en donde las alianzas entre reyes y papas actuaban contra los vasallos con el fin de uniformizar y someter a sus reinos, como en el caso de los cátaros en Francia, los husitas en Bohemia y Moravia, la Jacquerie en Francia, Wat Tyler en Inglaterra...

Durante la Edad Moderna, los gastos y energías empleadas en los conflictos se multiplicaron. Fue la época de los inicios de la formación de las monarquías absolutas, de los incipientes estados-nación, en donde el único objetivo era lograr más poder por parte de las elites gobernantes encabezadas, casi siempre, por un monarca que aspiraba a detentar cada vez más poder, mediante una política agresiva, expansionista y unificadora contra todo aquello que podía dificultar la construcción de los nuevos estados absolutistas. La base del mismo, el medio y el objetivo era, obviamente, el dinero en grandes cantidades. Y este solo se podía obtener mediante tres formas: recaudación fiscal, negocios o conquistas, cosa que generalmente marchaban unidas. Las conquistas suponían nuevos territorios y, con ello, más materias primas, minas, zonas de cultivo, pastos, más recursos alimenticios en definitiva. Ello suponía y permitía, también, más población, fuese autóctona que pasaba a ser nuevos súbditos sometidos o repoblada, y que pasaba a contribuir con su mano de obra proporcionando excedentes alimenticios, impuestos, prestaciones de diverso tipo, capacidades artesanas y comerciales, ejércitos más numerosos, etc. Por lo tanto un mayor expansionismo solía representar una mejora de la productividad económica y, de paso, permitía posicionar mucho mejor al estado para el comercio. Todo reportaba más ventajas si los nuevos territorios conquistados eran fértiles, poseían yacimientos minerales, eran costeros o situados en latitudes favorecedoras para el establecimiento de puertos que permitiesen instalar bases comerciales. La ecuación, por consiguiente, era sencilla. Conquistar precisaba de dinero pero, en caso de culminar con éxito, los terrenos conquistados solían ser sumamente rentables y catapultaban a los estados a una notable mejora económica tanto en el terreno agrícola, como en el artesanal y comercial. Y fue el azar histórico, simplemente, la suma de varios factores aleatorios como la geografía, junto con el papel determinante de ciertos hombres en la historia con su poder absoluto y sus decisiones más o menos acertadas (desde César hasta Napoleón, pasando por Carlomagno, Isabel la Católica y todos los monarcas

absolutos), lo que determinó qué estados se encontraron en la posibilidad de conquistar y alcanzar una relevante posición política y económica en el mundo y cuáles no.

Por tanto, en Europa occidental, la formación de los estados nación pasó en la mayor parte de casos a ir de la mano de la expansión territorial, tanto dentro de sus tierras europeas o continentales, como en ultramar. Porque crear los estados nación era crear los mercados que debían permitir un progreso económico y, con ello, la formación y el desarrollo del capitalismo. Obviamente para acometer estas tareas de conquista se debía disponer de una masa crítica de población y de recursos, que se traducían en capacidad militar. En caso contrario, el estado estaba condenado a ser devorado por vecinos más fuertes que también tenían esas ansias expansionistas. Este fue el caso de las frustraciones como proyectos de estado-nación de Borgoña, Navarra, Irlanda, Escocia y parcialmente de Saboya o Polonia, entre otros, que tuvieron la mala suerte de estar al lado de naciones mucho más poderosas que impidieron su desarrollo. Sin embargo, otros estados también débiles y pequeños, condenados aparentemente a la desaparición, a causa de unas peculiaridades políticas, geográficas y económicas y fruto en buena parte también del azar, llegaron a sobrevivir, como fueron los casos de Luxemburgo, Suiza, y, siglos más tarde, Bélgica, por su condición de estados taponados cuya existencia convenía a todas las potencias importantes. Mención aparte merecen los Países Bajos, que compensó su escaso tamaño con un gran potencial económico y comercial basado en su excelente flota, que le permitió mantener una inteligente política de alianzas y que le mantuvo a salvo de las cíclicas amenazas expansionistas de sus vecinos, a pesar de que estuvo amenazada durante los siglos XVI, XVII y XVIII por España, Inglaterra y Francia.

Es evidente que fue esencialmente la fuerza, la capacidad para emplear los recursos económicos y bélicos, el factor que determinó la suerte de las campañas de conquistas que las distintas monarquías emprendieron en pugna unas con otras o contra otros pueblos menos desarrollados. Pero, aunque los medios materiales hayan sido el elemento decisivo, no significa que los estados no hayan tenido que recurrir a emplear una relación de motivos ideológicos justificativos, distintos a los que son esgrimidos actualmente, pero que siempre han sido necesarios para cohesionar y activar las motivaciones de los ejércitos y proporcionar entusiasmos y coartadas morales al personal militar. Y ello ha sido más necesario cuanto mayor hayan sido los ejércitos que se han

querido formar, porque para unos centenares o pocos miles de mercenarios de recluta voluntaria pueden bastar las promesas de tierras o botín, pero para encuadrar a centenares de miles de hombres, algo enormemente caro, se necesita el complemento imprescindible de la motivación.

Efectivamente, la llamada movilización espiritual estaba destinada, principalmente a los grandes ejércitos para que prendiera en la soldadesca que tenía que ser reclutada de modo más o menos forzoso. Se combatía, se mataba y se moría en nombre de Dios, estando los clérigos y sus mensajes religiosos omnipresentes en todas las guerras y conquistas, elementos presentes hasta el siglo XVIII. Ello suponía ganarse a las respectivas iglesias para la causa, lo que en el mundo católico era aún de mayor importancia al ser una entidad supranacional que podía favorecer o dificultar las empresas militares. Tener, por consiguiente, una buena relación con Roma era imperiosa, lo que significaba a su vez apoyar a los papas en sus ambiciones territoriales italianas en todos los ámbitos posibles. Debido a la importancia del factor religioso, que estuvo presente hasta el citado siglo, mucho se tenía ganado si el enemigo era infiel, hereje o pagano. Esto supuso que hasta el siglo de las luces el factor religioso fue, el elemento motivacional más importante de las masas, cosa que le llevó a adquirir gran autonomía respecto a los factores económicos. Este papel le llevó a ser incluso generador o, al menos, gran impulsor de guerras como las mismas Cruzadas, que no pueden explicarse solo por factores económicos. Tampoco se puede explicar la conquista de América, de otros territorios de ultramar, o las luchas contra las herejías, sin tener en cuenta el elemento religioso por muy evidentes que a nuestros ojos aparezcan los móviles económicos y políticos como los más fuertes impulsores.

En caso de que no fuese posible emplear el argumento de la fe, al ser ambos profesos de la misma religión, entraban en juego los «argumentos» históricos (la construcción de los mitos nacionales ya viene de lejos), presuntos compromisos y contratos de dominio, vasallaje, matrimonio o, simplemente, la continuidad geográfica o, para ser más exactos, la ausencia de barreras orográficas claras que permitían una reclamación de tierras en base a una presunta propiedad de las mismas por parte de los antepasados. Cualquier excusa era válida si proporcionaba argumentos ante las masas combatientes que señalasen «al otro» como amenaza, excitando así el ánimo combativo. Los distintos uniformes, las banderas, el idioma, las distintas costumbres de todo tipo,

los tópicos, las leyendas y mentiras difamatorias atribuidas a las gentes de ese otro pueblo o nación, servían para cohesionar al «nosotros» frente al «ellos» en una visión obviamente maniquea de buenos contra malos.

Luego, ya a mediados de la Edad Moderna y más claramente en la Edad Contemporánea, la religión dejó de ser progresivamente el único factor espiritualmente movilizador en las guerras revolucionarias, como se empezó a ver en la Inglaterra del siglo xvii, en la Francia de la Revolución de 1789 y de las consiguientes guerras napoleónicas. Más tarde, ya en pleno siglo xix, las guerras civiles en España, Italia, Alemania, etc., las que se dieron entre las potencias europeas o las campañas imperialistas, dejaron cada vez más marginado el factor religioso como motivación. A principios del siglo xx, con la I Guerra Mundial y la Revolución rusa, ya había salido del todo del escenario. El nacionalismo, el culto a la patria, había sido el entramado cultural e ideológico que había reemplazado al factor religioso con indudable éxito, sobre todo desde Napoleón. Y para ello los púlpitos de los templos y los sermones de los curas fueron reemplazados como vía de concienciación por la prensa escrita y los folletos, lo cual era ya posible al ser una sociedad progresivamente alfabetizada.

Por tanto, y de un modo sucesivo, primero los vínculos de las fidelidades obligadas de vasallaje, la religión y luego, a partir del siglo xix, el nacionalismo, cuando ya era preciso encuadrar a millones de hombres, han sido los elementos movilizadores sentimentales, siempre irracionales, que se han esgrimido para lograr la adhesión de la población a las empresas bélicas. Dentro de este argumentario, todos los estados han recurrido a los mitos históricos, todos falsos, pero que convenientemente deformados han sido el alimento principal de ese nacionalismo que ha pretendido entroncar con antiguos valores de resistencia y heroísmo ante el invasor, de superioridad moral ante el que venía de fuera. Masada para Israel, el Álamo para los EE. UU., el germano Arminio para Alemania, Alesia para Francia y un largo etcétera para todos los estados y naciones del mundo, que han necesitado jalonar su historia de alguna gloria militar. Era igual que fuese victoria o derrota con tal de que hubiese mucha sangre vertida y que, convenientemente deformada, podía, y puede, hacer vibrar a las conciencias de las gentes manipuladas. Para complementarlas, se forjaron también todos los inventos de presuntas viejas tradiciones (cuanto más vetustas mejor), como ya señaló muy bien Eric Hobsbawm, que, como uno de

los elementos clave del pensamiento romántico del siglo XIX, pasaron a ser consideradas verdades incuestionables. Este proceso no solo se dio en Europa, pues la historia de las jóvenes naciones americanas también es una perfecta prueba de esta construcción mítica absolutamente inventada.

El siglo XX supuso el momento álgido de las guerras, tanto por su capacidad destructiva y los millones de seres humanos sacrificados, como por la enorme capacidad de manipulación que entró en juego a través de los medios de comunicación, propaganda y una exaltación agresiva del nacionalismo. Las dos guerras mundiales son un terrible ejemplo, a las que siguieron los conflictos descolonizadores en África y Asia. Hoy en día, en Europa, las guerras siguen perdurando, pero controladas por las grandes potencias y limitadas a conflictos de baja intensidad, como en los Balcanes o la antigua Unión Soviética, y solo en donde las fronteras siguen siendo inestables y los estados aún débilmente configurados, como sucede en esas áreas.

En la actual fase del capitalismo transnacional, en donde las rivalidades nacionales tienen mucho menos sentido en el hemisferio occidental, las guerras entre los estados industrializados se han ido reduciendo hasta casi desaparecer. Cumplieron su cruel papel hasta llegar a la formación de los actuales estados-nación capitalistas y, aunque estamos lejos de descartarlas por completo, es difícil que se vuelvan a dar en un futuro inmediato al menos en nuestro continente. Las guerras que hoy estamos viendo agrupan en un bando a fuerzas occidentales contra insurgentes con un fuerte componente religioso que actúan en Asia y África, y no tienen nada que ver con las que se podían hacer, o imaginar, hasta el hundimiento del bloque soviético. Guerras seguirán habiendo, pero con unos protagonistas y unas características totalmente distintas a las que hemos contemplado en nuestra historia y que son objeto de este libro.

LAS GUERRAS DE ESPAÑA

Ya en la antigüedad, iberos, celtas, griegos, romanos, cartagineses, iban a la greña por estas tierras y los mitos históricos, que luego fueron cada vez más exagerados, comenzaban a surgir. Según estas invenciones nacionalistas los nativos eran bondadosos lugareños, ya españoles

aunque ellos aún no lo supiesen, inocentes indígenas incapaces de matar una mosca, pero que resistían con ahínco a los malvados cartagineses (Sagunto), los pérfidos romanos (Numancia) y luego a los moros (Guadalete y Covadonga) con la ayuda del apóstol Santiago, que oportunamente se presentó en la batalla de Clavijo a decapitarlos a diestro y siniestro, pasando a ser el patrón de España y de su ejército. Ciertamente ocho siglos de guerra contra los musulmanes dejaron una huella política, cultural y económica que fue imposible de borrar (los mitos de la Reconquista con el Cid a la cabeza, una particular estructura de la propiedad de la tierra, una mezcla de culturas...) y que afectó primordialmente a Castilla. Pero también fue determinante la política expansiva que la Corona de Aragón emprendió en el Mediterráneo, con sus almogávares al frente, tras ver cerrado su avance hacia el sur peninsular contra los musulmanes y al norte de los Pirineos tras el desastre de la batalla de Muret. También, ya en el siglo xv, fue determinante la pugna de Castilla con Portugal por el control de la expansión atlántica. Pero a lo largo de esa centuria se fueron creando los nuevos reinos peninsulares y, con ellos, unos conflictos bélicos totalmente diferentes.

A finales del siglo xv, con la unión dinástica de Castilla y Aragón, es cuando el concepto «España» pasó a ser algo más que algo meramente geográfico. Nadie discute que, aún con sus enormes debilidades y de modo muy parcial, es con los Reyes Católicos cuando aparece la base de un proyecto político común peninsular entre los dos reinos, que comienza a interesar a las elites políticas y religiosas de ambas coronas. El expansionismo político y militar de las siguientes décadas y siglos, de la mano de la creación del mercado interior y de una economía de rasgos específicos, irá, con todas sus contradicciones, afianzando lentamente la realidad política de España. Por eso, precisamente, iniciamos esta obra con la primera guerra que hace y es reflejo de esa nueva «España», que es la toma de Granada. Luego, desde su incipiente configuración como estado nación bajo los Reyes Católicos, las guerras han seguido siendo omnipresentes, lo mismo que en el resto de estados europeos. Y así las conflagraciones, los recursos humanos y económicos para sufragarlas y el resultado de las batallas, también han determinado el trazado final de las fronteras así como la vertebración y cohesión interna, más o menos frágil, del estado-nación español.

Lo mismo que en el resto de Europa, las guerras emprendidas o sufridas por España han supuesto millones de muertos y mutilados, su-

frimientos indescriptibles, hambres, epidemias y dolor sufrido no solo por los soldados, sino por la población civil. Es cierto que ha habido guerras justas, defensivas ante las ambiciones expoliadoras de un vecino invasor. Pero en muchas otras ocasiones han sido injustas, irracionales y desmedidas, promovidas por esos mismos instintos bajos de conquista y expolio hacia otros pueblos. En esto, como en casi todo, España ha seguido un camino paralelo al de nuestros vecinos del norte. También, durante estos más de quinientos años, España ha tenido diferentes tipos de guerras. Las de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII han sido guerras expansivas, imperialistas, de sometimiento de pueblos no europeos para construir un imperio colonial. Igualmente lo han sido de uniformización interior para impedir cualquier disidencia por parte de la población, o de competencia con otros estados como Francia, Inglaterra, Holanda, Portugal... para ampliar o defender las áreas de poder e influencia, o fronteras, logradas tanto en Europa como en el resto del mundo. Eran conflictos que respondían, esencialmente, a los intereses de las elites políticas y económicas y en donde los de la mayor parte de la población, del campesinado y del proletariado urbano, apenas estaban representados, por lo que en muchas ocasiones estos choques eran vistos por estos sectores con total indiferencia con tal de que aconteciesen lejos de sus hogares y no les afectase directamente en su lucha cotidiana por la supervivencia. Fueron guerras que sirvieron para consolidar las fronteras, unificar y someter a la población en torno a la unanimidad religiosa y al poder absoluto de la monarquía, para fortalecer los aparatos del estado, los privilegios de unas elites políticas y económicas, el papel de la Iglesia, etc., pero que poco aportaron (generalmente todo lo contrario), ni a corto ni a largo plazo, a la mejora consolidada de las condiciones de vida de la mayor parte de la población. Más bien supuso un drenaje constante de hombres, energías y recursos hacia el exterior, en vez de emplearlos en enriquecer las tierras, el comercio y las manufacturas interiores. En este aspecto el contraste con Inglaterra es paradigmático, pues si bien España se empobreció tras siglos de continuos choques bélicos, la «pérfida Albión» supo extraer unos enormes beneficios económicos de sus empresas militares que acabaron revirtiendo en el conjunto de la sociedad aunque, obviamente, no de modo igual.

A partir del siglo XIX la naturaleza de los conflictos cambió radicalmente, lo mismo que en el resto de Occidente, aunque con especificidades propias. El capitalismo ya se había impuesto en el hemisferio

occidental y los estados nación ya estaban en fase de consolidación y, por tanto, compitiendo agresivamente por grandes imperios coloniales. Sin embargo, en la España agraria y latifundista, al capitalismo y al liberalismo les costó consolidarse y, debilitada, no pudo pugnar con las otras potencias emergentes que, en cambio, fueron devorando partes de las otrora extensas posesiones españolas. Durante el primer cuarto del siglo, España se vio sumida en guerras de defensa del imperio colonial que, irremediablemente, se fueron perdiendo en un sentido inverso al que fueron construyendo sus respectivos imperios el resto de estados europeos. Su debilidad económica la fue apartando de la competencia mundial por lo que, desde las guerras napoleónicas, no tuvo ningún choque armado con ningún otro país europeo, asumiendo un papel totalmente defensivo y secundario en la esfera internacional.

Pero por otra parte la imparable, aunque lenta implantación del capitalismo y de la democratización de la sociedad (progresiva extensión de la cultura, de la urbanización y de la industria, de la prensa, de las ideas liberales, democráticas y revolucionarias,...) la fue haciendo más plural y dividiendo en cuanto aspiraciones a distintos modelos de vida económicos, de desarrollo y, por supuesto, de valores ideológicos. Las opciones políticas y económicas que se fueron conformando ya no afectaron solo a las elites del Antiguo Régimen como en el pasado, sino que incidieron directamente en las condiciones de vida del conjunto de la población que, cada vez más ideologizada, fue tomando crecientemente partido por uno u otro modelo. Pero, a diferencia de otros estados europeos del siglo XIX, al no tener un poder económico y militar que permitiese a España una política imperialista, no pudo encauzar hacia el exterior las tensiones sociales internas. Ello se reflejó en las numerosas convulsiones interiores de los siglos XIX y XX y, de modo especialmente dramático, en las guerras carlistas, los movimientos insurreccionales del Sexenio Democrático y, al final, en la desgraciada Guerra Civil de 1936. De esta manera, España tiene el triste honor de ser el estado de Europa occidental con mayores conflictos internos en los dos últimos siglos. A ello no fue ajeno un ejército, con un cuerpo de jefes y oficiales sobredimensionado por las guerras civiles decimonónicas, que ante la falta de empresas exteriores y la inmadurez del sistema democrático y liberal, se convirtió en el instrumento de las elites para resolver sus disputas, cohesionar el estado y reprimir los intentos revolucionarios.

Sin embargo, y a pesar de haber perdido el imperio colonial en los principios del siglo XIX y replegarse sobre sí misma, España no se vio

por entero libre de los conflictos exteriores. Ciertamente no fueron guerras contra otras potencias europeas, pues se era consciente del suicidio que supondría, pero sí contra indígenas de los restos del imperio colonial y del norte de África. En una absurda y errática política neo-colonial, basada más en razones de prestigio que no económicas, y que trataba de emular inútilmente el expansionismo francés y británico, volvieron a meterse nuestros antepasados en conflictos extrapeninsulares imposibles de ganar (Santo Domingo, Cuba, Filipinas...) o en las guerras del Rif, que supusieron unos enormes costes humanos y materiales sin obtenerse ninguna compensación de entidad. En estas nuevas conflagraciones, los pobres soldados iban ya todos forzados (era la época de los ejércitos nacionales de recluta obligatoria), en donde los duros regímenes disciplinarios que podían llevar al fusilamiento, se sumaban a la propaganda ideológica y nacionalista, lo que acababa de persuadir a la mayoría de los quintos para ir a la guerra. Las derrotas que se cosecharon, o las pírricas victorias que se obtuvieron, tuvieron un coste de cientos de miles de muertos, heridos o mutilados. Todo ello, junto con el papel coactivo y represor que hacia buena parte de la sociedad española jugó el ejército, actuó en contra de la cohesión de la sociedad española, y de la misma idea de nación, al desprestigiar ante buena parte de la población al instrumento militar y a las mismas empresas bélicas, despertando un fuerte antimilitarismo en España con difícil parangón en otro estado europeo. En contraste, y al mismo tiempo, en la mayor parte de las potencias de Europa occidental sus fuerzas armadas ejercían una función contraria: gozaban de prestigio, cohesionaban a sus sociedades en proyectos de expansión colonial y proporcionaban indudables ventajas económicas a sus respectivas metrópolis.

El terrible colofón a esta tendencia intervencionista del ejército en la política interior fue la desgarradora Guerra Civil de 1936, en donde se enfrentaron no dos, sino como mínimo tres modelos de sociedad (*grosso modo*: el fascista, el democrático-liberal y el revolucionario), aunque dispuestos en solo dos bandos, y que llevó a la hecatombe física y cultural de España durante cuatro décadas. Fue la última guerra, por suerte, de importancia en la que se vio envuelta, aunque sus huellas han sido tan profundas que aún la estamos utilizando como arma arrojadiza en la política cotidiana.

UN LIBRO DISTINTO: UNA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA A TRAVÉS DE SUS GUERRAS

Este libro es un compendio de todas las guerras en las que ha participado, y sufrido, España y los españoles. Ciertamente hay libros monográficos que pueden dar mucha más información detallada de todas las guerras aquí reseñadas. Pero aquí tratamos de dar una historia general, global, total de la historia de España a través de sus conflictos armados, resaltando los aspectos más cruciales. Se han escrito historias económicas, de sus ideologías y religiones, de sus instituciones políticas, de sus monarcas y sus políticos... que desde sus respectivos prismas y enfoques han permitido asomarse a la historia global de nuestro país. Esta obra pretende lo mismo, ser una historia general de España, desde los Reyes Católicos hasta nuestros días, pero vista desde la óptica de las guerras que como nación hemos protagonizado y sufrido. Aspira a ser un relato resumido, pero total, de España utilizando, simplemente, el hilo conductor de los conflictos armados y desde ellos, desde el análisis de sus causas, de su desarrollo y sus consecuencias, para acercarnos a la realidad compleja del país en cada momento. Porque estudiar las guerras también significa comprender la política exterior de la nación, sus necesidades económicas y sus posibilidades, el poder de sus elites y sus estructuras de poder, su demografía, su capacidad de recaudación fiscal y sus recursos naturales, la capacidad de los mecanismos de generación de consenso ideológico en la población de agentes como la Iglesia, las instituciones educativas, los medios de comunicación, los valores y los medios materiales y humanos del ejército y un largo etcétera. Porque en las guerras de un estado se ven reflejados todos los rasgos políticos, económicos y sociales de una nación, con sus fortalezas y debilidades... también son el perfecto reflejo de una sociedad concreta.

Sin embargo este estudio también lo hemos pretendido acometer desde el punto de vista humano y cotidiano de los verdaderos protagonistas de los conflictos. Porque, no olvidemos la obviedad, los dirigentes políticos (y también los altos dirigentes militares), los que declaraban las guerras y firmaban las paces, los que extraían los grandes beneficios de los conflictos, casi nunca sufrían sus consecuencias más crudas y terribles: el dolor, las heridas y la muerte. Por ello buscamos que en esta historia esté siempre como protagonista el sencillo y humilde soldado, sea inocente carne de cañón o interesado bellaco sin

escrúpulos que va a la guerra ansiando un botín que le permita escapar de la miseria de sus terruños o satisfacer sus ambiciones. Sus motivaciones, sus recuerdos, sus testimonios, su dolor y sus vivencias tratamos de hacerlas presentes a lo largo de todo este texto junto con los relatos de los dirigentes. Recordemos que sin soldados no hay batallas y, para que luchen, hace falta o bien que se sientan directamente amenazados, o que sean estimulados por pagas o promesas de botín, amenazas de códigos disciplinarios o estimulados con la intensa ideologización a la que nos hemos referido, basada en la religión y en la exaltación nacionalista. Un código de valores, en definitiva, que les hacían afrontar la muerte incluso con una sonrisa y el orgullo sincero, honrado y absurdo, de haberse sacrificado por la patria, la gloria o el honor, esos conceptos tan abstractos e irracionales que sirven para justificarlo todo, sean causas justas y solidarias o las más abyectas y contrarias a los derechos humanos. Recordemos la terrible frase de Gustave Flaubert: «Todas las banderas están hechas de sangre y mierda». Por los mismos motivos tampoco hemos querido olvidar a la sufrida retaguardia que, directa o indirectamente, también sufrió los rigores de la guerra y el dolor de ver a sus seres queridos luchando en los frentes por unas causas que, en la mayor parte de casos, les eran totalmente ajenas a sus intereses inmediatos y cotidianos, que no eran otros que sobrevivir en las mejores condiciones posibles.

Como humanidad, somos hijos de las guerras, de millones de muertos inocentes, de crímenes horribles y vejaciones en masa, de los que nuestros antepasados han sido partícipes como víctimas o verdugos. Pero hay que estudiarlas y comprenderlas; primero para entender nuestro pasado y presente, y luego, repudiándolas, para tratar de evitarlas en el futuro. Hoy en día España, Europa y buena parte de las naciones del mundo han adquirido un nivel de bienestar general nunca antes conocido, por muchas miserias que aún existan. También es previsible, si antes no hay ningún cataclismo ecológico o nuclear, que la situación general del planeta y sus habitantes siga mejorando lentamente.

Por ello no podemos dejar de plantearnos una gran pregunta que, aunque irresoluble, está ahí siempre presente: ¿se podría haber llegado al estado de relativo bienestar general del que hoy gozamos sin necesidad del terrible coste de estas guerras, o ha sido un peaje lamentablemente necesario que la humanidad ha tenido que pagar para alcanzarlo?